

VI Jornadas de Difusión de Proyectos de Investigación  
Instituto de Investigaciones Lingüísticas y Literarias de la Patagonia  
FHCS - UNPSJB  
Trelew, 24, 25 y 26 de septiembre de 2008

## DISCURSO E IDEOLOGÍA: EL VÍNCULO OPACO

Sebastián Sayago  
Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco  
Universidad Nacional de la Patagonia Austral  
[sebasayago@yahoo.com.ar](mailto:sebasayago@yahoo.com.ar)

*El mapa no es el territorio.*

A. Korzybski

### **Presentación**

Este trabajo es parte de un proyecto que tiene como meta constituir una teoría sistémica del discurso que incorpore elementos de los estudios críticos del discurso, en particular, de las líneas marxistas. *A priori*, la tarea puede parecer arriesgada tanto política como teóricamente.

Desde lo político, se levanta la sospecha acerca de la posibilidad de que un enfoque sistémico quite poder crítico a las categorías teóricas marxistas. Desde lo teórico, ocurre lo mismo acerca de la recontextualización de nociones elaboradas para analizar un tipo de sistema particular: la sociedad capitalista. Sin embargo, como intentaré demostrar, es posible que el producto alcanzado no concrete ninguno de estos riesgos. La perspectiva sistémica de la sociedad enfatiza el fundamental dinamismo de las relaciones y la necesidad funcional de las crisis y del cambio permanente. A la vez, como el marxismo, intenta explicar su objeto en términos de totalidades, leyes y tendencias universales que se particularizan históricamente.

### **1. Introducción**

Para ilustrar la diferencia fundamental entre los procesos mecánicos, los orgánicos y los sociales, el epistemólogo argentino Juan Samaja decía:

*Para lograr que una bola de billar se mueva, basta con empujarla. Para lograr que un burro se mueva, basta con mostrarle una zanahoria. Pero, para lograr que un hombre se mueva, hace falta un proyecto ético.*

Esta frase alude a las distintas leyes que rigen cada tipo de procesos: las de la física, las del instinto orgánico y las del sentido o semióticas. Por supuesto, también a un hombre se lo puede empujar, porque tiene un cuerpo físico, y también se lo puede estimular sensorialmente, porque ese cuerpo es orgánico, pero, además –y aquí tenemos la diferencia básica respecto de las entidades meramente físicas u orgánicas-, el hombre puede actuar de acuerdo con un plan. Hace cosas con la intención de alcanzar objetivos más o menos lejanos, tales como la conquista amorosa de una pareja, la obtención de un ascenso en el trabajo, el acceso al cielo o la construcción de un mundo mejor. Realiza acciones con sentido.

Es cierto que esta conducta aparece prefigurada en otros mamíferos (p.e., los monos, los lobos, las orcas, etc.), pero la conducta humana es cualitativamente distinta, en tanto se desarrolla en el marco de procesos de producción y reproducción de recursos simbólicos. Toma como base un umbral de complejidad para aumentar la complejidad. Es necesario que, primero, se cree una imagen cultural del amor, para que, luego, un individuo planifique acciones estratégicas orientadas a la consecución del éxito amoroso. De otro modo, sus acciones serían erráticas. Es necesario que se reconozca socialmente la existencia de estas acciones amorosas, para que pueda crearse el estereotipo del seductor y para que este luego sea retomado y transformado en cuentos, canciones, novelas y telenovelas. Es necesario que exista el dogma religioso para que una persona haga lo que crea necesario para ganarse el cielo. Es necesario que exista el capitalismo para elaborar una teoría que lo critique y para que haya un militante en alguna ciudad del mundo repartiendo panfletos anticapitalistas.

Como advierte el epistemólogo francés Edgar Morin [1984], los hombres no inventamos la sociedad, sino la sociedad *humana*. Este invento es el resultado del desarrollo de un saber sociogenético (opuesto al biogenético), es decir, un saber creado socialmente y sometido a tareas de selección, preservación, jerarquización y difusión. La cultura, según Morin, es un “dispositivo generativo propiamente sociológico” (2002: 124), un aparato altamente sofisticado y productivo, mantenido en el tiempo a través de instituciones encargadas de la producción y administración de los recursos simbólicos.

Podemos hacer dos señalamientos acerca del aparato cultural. El primero alude a los tres grandes hitos de su evolución histórica: la emergencia del lenguaje, el surgimiento de la escritura y la creación de la imprenta. El lenguaje posibilitó que la organización social alcance un nivel de complejidad simbólica que trascienda la inmediatez práctica de las acciones, al establecer un sistema de referencias estable, capaz de clasificar y preservar la memoria colectiva. Su aparición tuvo inmediatas repercusiones cognitivas, modificando tanto las pautas de socialización y como las de internalización y representación de la realidad social. Este proceso de transformación de la realidad objetiva y de la realidad subjetiva alcanzó un nuevo estadio de complejidad con el desarrollo de la escritura, una tecnología que hizo posible el pensamiento crítico sistemático. Así como el lenguaje permitió aumentar el volumen de *lo dado* simbólicamente, la escritura “posibilitó la clara diferenciación entre *lo dado* y *lo interpretado*” (Olson, 1998: 206). Finalmente, la imprenta multiplicó el alcance de este nuevo patrón de producción y de procesamiento de información.

El segundo señalamiento acerca del aparato cultural apunta a su funcionamiento. Como en todo sistema complejo, en el sistema social pueden reconocerse dos tendencias complementarias y contradictorias entre sí: una, la morfostática, se manifiesta en procesos que tienden a preservar el *statu quo*; otra, la morfogénica, en procesos que tienden a modificarlo (Buckley, [1967]). La cultura, el universo simbólico donde toda acción y toda palabra se constituyen como tales, alimenta y promueve tanto la conservación de las relaciones intrasistémicas y de los recursos disponibles como su constante transformación. Por un lado, la retroalimentación negativa de los ritos y los dogmas; por el otro, la retroalimentación positiva del aprendizaje crítico y el desarrollo social. Ambas tendencias pueden ser rastreadas en la configuración institucional de la sociedad, en las tramas discursivas, en las representaciones de la realidad.

Retomemos ahora la frase de Samaja: “para lograr que un hombre se mueva, hace falta un proyecto ético”. A la luz de lo dicho, inferimos que este proyecto participará de la tensión entre fuerzas morfostáticas y fuerzas morfogénicas. Un hombre puede moverse o puede ser movido en una dirección o en otra. A continuación, analizaremos la función que el discurso cumple en esta dinámica.

## **2. Lenguaje y realidad**

El lenguaje es el instrumento más importante en el proceso de construcción, negociación y comprensión de representaciones de la realidad. Pueden utilizarse otros códigos para representar

realidades locales e inmediatas, como, por ejemplo, la gestualidad para expresar el estado de ánimo de una persona o la valoración individual de un objeto visible en un contexto compartido por el emisor y el receptor, pero, para explicar el fenómeno de la globalización o para construir una imagen de la ciencia como un campo consistente en un sistema estructurado de posiciones objetivas, dispuestas en relación competitiva en torno al capital científico, hay que utilizar el lenguaje. Para analizar la estructura inmanente del lenguaje o el papel que este cumple en el proceso de reproducción de las relaciones sociales, también. La cultura es un edificio semiótico conformado en gran parte por abstracciones simbólicas elaboradas lingüísticamente (las teorías científicas, el Estado, la religión, el arte, las gramáticas, las leyes, los reglamentos, el dinero, las mercancías, etc.).

Los hablantes no utilizamos el lenguaje para construir representaciones de la realidad *ex nihilo*. No solo tomamos como insumo directo o indirecto representaciones preexistentes, sino que además el mismo lenguaje es portador de una ontología básica, la que, a la vez, fundamenta y restringe la construcción de representaciones. Tal como lo demostró Whorf [1940, 1941], en su estudio del hopi (lengua de indígenas de la meseta central de Estados Unidos), cada sistema lingüístico expresa en su gramática un fondo de experiencia que sirve como horizonte de inteligibilidad para la comunidad lingüística que lo usa. El hopi, por ejemplo, no tiene la distinción de las lenguas indoeuropeas según la cual los sustantivos designan cosas y los verbos acciones o estados. En cambio, diferencia estas dos clases de palabras según la duración de la entidad referida: si algo dura bastante, es un sustantivo; si dura poco, es un verbo. Así, *árbol* es un sustantivo, *relámpago* es un verbo y *nube* un sustantivo que está en el límite con los verbos. Tampoco tiene el sistema temporal que permite clasificar las cosas en pasado, presente y futuro. En cambio, cuenta con un sistema de modo para ordenar las cláusulas de acuerdo con relaciones de anterioridad, simultaneidad y posterioridad. También cuenta con un sistema de validez centrado en el hablante; así, si este desea mencionar algo que ocurrió en el pasado (mejor dicho, en lo que nosotros incluiríamos en nuestra categoría de pasado), se referirá a un hecho cuya validez depende de su memoria; si quiere mencionar algo que ocurrirá en el futuro, se referirá a un hecho cuya validez depende de sus expectativas.

Whorf retomó otros ejemplos para demostrar que cada lengua es un sistema de organización de la percepción y de clasificación de la realidad, como el ya clásico caso del esquimal, que distingue a través del léxico tres tipos de nieve: la que cae, la que está en el suelo y la que está endurecida. El reconocimiento de tales variaciones lo llevó a afirmar que, si una persona habla inglés y la otra, francés, es relativamente fácil que se comprendan porque comparten el fondo de experiencia del

indoeuropeo. No ocurre lo mismo, si una habla hopi o esquimal y la otra una lengua indoeuropea, porque las diferentes gramáticas hacen que vean mundos distintos.

Estudios más recientes de la lingüística cognitiva (p.e., Taylor, 1995) y de la lingüística tipológica (p.e., Moreno Cabrera, 1997) relativizan el peso de la lengua en la formación de los patrones de clasificación de la realidad. Afirman que las lenguas nunca varían radicalmente unas de otras, ya que comparten varios universales (fonológicos, morfológicos, sintácticos y semánticos). Sin embargo, tampoco niegan el hecho de que el contexto sociocultural fomente o restrinja el incremento de categorías léxicas que permite la clasificación de la realidad.

De lo dicho hasta aquí, podemos extraer dos corolarios:

- a) *La gramática de cada lengua expresa una protorrealidad.*
- b) *Ninguna de estas protorrealidades es más válida que otra.*

Ahora bien, si la realidad expresada por la gramática de una lengua incluye algo que la otra excluye, hay que aceptar que *en el mundo* existen más cosas de las que una lengua determinada reconoce. Incluso el mismo lenguaje<sup>1</sup> genera permanentemente nuevas palabras para referirse a nuevas cosas (algunas de las cuales no son nuevas en absoluto, ya que existen desde antes de que se las nombre, como el oxígeno, el átomo, el ADN, la identidad social). Esto nos enfrenta al desfase entre la realidad lingüística y *eso otro* que existe pero que todavía no es percibido y clasificado. *Eso otro* es lo que, en términos lacanianos, se denomina *lo real*: esa existencia o conjuntos de existencias que son representadas siempre de modo incompleto y sesgado. Una realidad, entonces, es una representación fallada de lo real, una imagen cuya precaria naturaleza está siempre amenazada por las apariciones espectrales de lo real. En toda realidad, hay algo ausente, algo que no se puede nombrar, justamente, porque se desconoce, hasta que en algún momento se manifiesta y pone en crisis el sistema que lo excluía. Su aparición no completa nada, porque es un recordatorio de que siempre hay algo que queda afuera.

Esta idea de que hay algo no representado que de pronto irrumpe y desestabiliza el sistema de representaciones existente es importante también para la teoría de los sistemas. Lo que hace que un sistema dado se reorganice e incremente su complejidad es el *ruido*, una perturbación que el sistema no logra reducir a información. De ahí el axioma de von Foerster (1960) *orden a partir del ruido*,

---

<sup>1</sup> Utilizo la expresión *lenguaje* y no *lengua* porque la posibilidad generativa no está en el sistema, sino en el juego dialéctico entre este y el uso concreto e histórico de los hablantes, es decir, en el fenómeno heteróclito y multiforme del lenguaje.

que Morin [1984] reformula como *organización a partir del ruido*, enfatizando la capacidad auto-organizativa de todo sistema.

El lenguaje permite que el sistema social construya su realidad mediante la elaboración de un universo simbólico, entendido como “la matriz de todos los significados objetivados socialmente y subjetivamente reales” (Berger y Luckmann, 1993: 125), como la fuente que alimenta el sentido común (Raiter, 2003). Retomando las nociones de mapa y territorio (Bateson, [1972, 1987]), podemos decir que la realidad social es el resultado del proceso de cartografiado que realiza el sistema social en su intento de describir y explicar el territorio, el cual comprende entidades y procesos físicos, psicológicos y sociales. El mapa legitima lo existente en el territorio. Es una creación tautológica, en tanto pretende ser un reflejo ordenado y coherente de este. Sin embargo, es algo más que mera repetición, ya que también recrea lo que representa.<sup>2</sup>

El proceso de cartografiado es continuo y contradictorio, porque se sostiene sobre tradiciones y está sometido a la posibilidad de la crítica y de la ruptura. El lenguaje cumple aquí una función preponderante. Opera en dos direcciones:

-*del territorio hacia el mapa*, obligando al universo simbólico a aceptar lo existente en el territorio;  
 -*del mapa hacia el territorio*, imponiendo al territorio las categorías clasificatorias del universo simbólico.

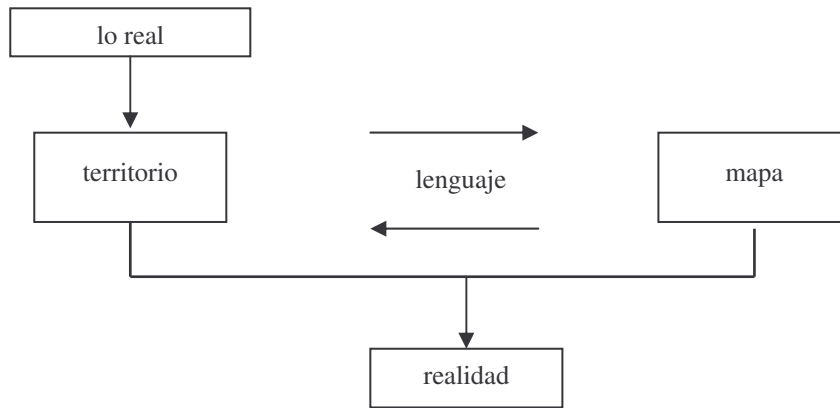
Por un lado, el sistema social reconoce en el territorio la existencia de algo nuevo (un animal, un actor social, una enfermedad) y, mediante un acto de nominación, lo incluye en el mapa: *tortuga de Galápagos, piquetero, estrés*. Por otro lado, el sistema social puede deducir de los supuestos del mapa la necesidad de la existencia de algo todavía no reconocido en el territorio y lo nombra: *átomo, gen, lucha de clases*, o simplemente puede inventarlo: *el viejo de la bolsa, los dioses*. A partir de ese momento, *eso* existe (al menos como posibilidad), aunque no se lo pueda ver.

Resumimos lo dicho hasta aquí en el siguiente esquema:

---

<sup>2</sup> Bateson [1972, 1987] y Samaja (1994), al referirse al cartografiado en el subsistema de la ciencia, afirman que el mapa (la teoría científica) es solo una tautología porque no debe crear nada que no pueda ser comprobado empíricamente en el territorio. Esta exigencia se aplica también, aunque con menor presión, a otros subsistemas sociales, como los medios de comunicación (en particular, la prensa) y las instituciones jurídicas. Pero, en el nivel más global del sistema social, la creación de ficciones es totalmente plausible.

Esquema 1: El proceso de creación lingüística de la realidad social



Desde esta perspectiva, la realidad social incluye tanto elementos simbólicos como no simbólicos. Es un mundo que se intuye, que se percibe, que se nombra y que se explica. La creación histórica en la que habitamos.

### 3. Discurso e ideología

El universo simbólico presenta algunas regiones más consolidadas que otras, pero siempre actúa como ese conjunto de referencias hipotéticamente compartido y aceptado por todos los individuos integrantes del sistema social. Así es que aceptamos con facilidad que vivimos en un planeta, que este planeta se llama Tierra, que existen los vertebrados, que en el océano hay peces, que existieron Napoleón, Hitler y Saddam Hussein. Sin embargo, podemos tener razonables dudas de que existan cosas tales como el complejo de Edipo, la reencarnación o la telepatía. Aún más controversiales son las ideas acerca de las políticas del gobierno, de la legalización del aborto o de la continuidad del actual técnico de la selección nacional de fútbol.

La posibilidad de la disputa en torno de numerosos temas nos plantea la necesidad de explicar la existencia de representaciones distintas e incluso opuestas acerca de algo que puede ser definido como un mismo hecho. Pensemos, por ejemplo, en las publicaciones de Galileo en apoyo de la teoría heliocéntrica de Copérnico, asunto sobre el cual se entablaron disputas en dos niveles. En el primero, se opuso un grupo perteneciente al subsistema social de la ciencia y otro perteneciente al subsistema social de la religión. En la Italia de final de la década de 1620, Galileo y el Papa Urbano

VIII eran los representantes más notables de cada uno. En un segundo nivel, dentro cada subsistema, había también dos grupos enfrentados. En el subsistema de la ciencia, el grupo de los copernicanos (al que pertenecía Galileo) y el grupo de los tolomeicos. En el subsistema de la religión también había grupos enfrentados: dentro de la iglesia católica, uno presionaba para que Galileo fuera acusado de herejía y otro, en cambio, se resistía (Urbano VIII, amigo personal del florentino, pertenecía inicialmente a este último grupo, pero después cambió de bando).

Esta historia es muy útil porque nos permite establecer algunas afirmaciones importantes para nuestros objetivos:

a) *Los subsistemas sociales operan dentro de formaciones ideológicas.*<sup>3</sup> Necesariamente, para su emergencia y reproducción, cada subsistema genera representaciones de sí mismo y del entorno. Este conjunto de representaciones, que determinan actitudes y planes de acción, constituye una formación ideológica: el mundo de sentido donde actúa y se reconoce cada subsistema. Las formaciones ideológicas están sometidas también a procesos conservadores y dinámicos, los cuales, en última instancia, están asociados a las posiciones de poder de los grupos que componen cada subsistema. Así, la condena a Galileo en 1632 es el resultado tanto de una disputa interna de la iglesia católica, como del enfrentamiento entre esta y el protestantismo. En 1600, la Inquisición había quemado vivo al filósofo Giordano Bruno, acusado de hereje por adherir a la teoría copernicana, la que, según la doctrina católica, contradecía las afirmaciones bíblicas acerca de la posición de la Tierra en el universo (Beltran Marti, 2001). La iglesia no podía aceptar que, unos pocos años más tarde, Galileo hiciera lo mismo, aunque contara con el respaldo de sus investigaciones. Entonces, el subsistema puso en acción una de las matrices de sentido que sostenían esa formación ideológica: *X es una herejía*. La palabra *herejía* servía como base para realizar una predicación sobre todo aquello que pudiera refutar la doctrina, el núcleo ideológico sobre el que se levantaba el poder de la iglesia. En cada formación ideológica la clasificación lingüística es una línea de defensa contra lo nuevo, contra la posibilidad del desorden. Pero, a la vez, es la primera línea de ataque.

b) *Las formaciones ideológicas no son compartimentos estancos.* Si bien cada una debe organizar y mantener los límites de los respectivos subsistemas, permanentemente hay contactos, interpenetraciones y deslizamientos. Cuando una formación ideológica explicita discursivamente

---

<sup>3</sup> Retomo la noción de *formación ideológica* de Pêcheux, [1969, 1975]. Aquí cambia su alcance teórico al ser transpolada de una teoría marxista althusseriana a una teoría sistémica. Pêcheux no incluye la formación ideológica dentro de una instancia simbólica mayor (aquí denominada *universo simbólico*). Tampoco justifica los desplazamientos y cambios experimentados por la formación tomando en consideración los requerimientos funcionales y adaptativos del sistema social, pues considera que el único motor de estas transformaciones es la lucha de clases.



sus límites o cuando retoma objetos, estilos o procedimientos de otras formaciones discursivas, estamos en presencia del interdiscurso (Pêcheux, 1988). Ocurre, por ejemplo, cuando grupos del subsistema religioso se manifiestan públicamente ante la posibilidad de que el subsistema político apruebe la legalización del aborto o cuando grupos del subsistema del arte opinan sobre la responsabilidad del Estado en el cuidado de la seguridad de los jóvenes. En la Italia renacentista, la formación ideológica de la ciencia todavía no se había configurado como dominio autónomo. Estaba subordinada a la formación ideológica de la religión, cuyo subsistema se encargaba de legitimar o condenar los hallazgos científicos. De hecho, muchos científicos destacados de la época eran, a su vez, miembros del clero. Una estrategia de mantenimiento o de modificación de las relaciones de dominio dentro del subsistema científico consistía en obtener el apoyo eclesiástico a una teoría determinada y, si era necesario, en gestionar la condena a las teorías rivales. Como ilustración, basta señalar los argumentos esgrimidos contra Galileo por los científicos jesuitas (Beltran Marti). La teoría heliocéntrica fue un objeto discursivo candente que alteró las relaciones entre ambas formaciones. La formación ideológica religiosa quedó debilitada. La aceptación de que la iglesia estaba equivocada respecto de la estructura del universo afectó la autoridad de su interpelación ideológica a los fieles y con ello la posibilidad de sujeción de estos al orden establecido. La formación ideológica de la ciencia, en cambio, se fortaleció al punto de ser, a partir de la Modernidad, el subsistema a quien el sistema social asignó la observación de segundo orden.<sup>4</sup> Hoy ya no es posible que la iglesia envíe a un científico a la hoguera por considerar antidoctrinarias sus investigaciones. Sin embargo, cada tanto, este interdiscurso se reactiva, como sucede con la reciente polémica desatada por la teoría creacionista o del diseño inteligente, elaborada por científicos que reivindican el origen divino del universo.

*c) La relación entre las formaciones ideológicas regula la configuración histórica del universo simbólico.* Esta relación nunca es simétrica. Durante la Edad Media y hasta el Renacimiento, la formación ideológica religiosa ejerció el dominio en la administración del universo simbólico, impregnando a las demás formaciones. El subsistema religioso no solo era el aparato ideológico del Estado (Althusser, 1988) por excelencia, sino también actuaba como un aparato represivo del Estado: podía prohibir la práctica de una profesión, condenar a reclusión (Galileo padeció prisión domiciliaria hasta el fin de sus días) y también podía ordenar y ejecutar la muerte de las personas. Dentro del sistema social, la religión ha cumplido y cumple principalmente una función

---

<sup>4</sup> Tal vez, en la actualidad, compita por este rol con el subsistema de los medios de comunicación de masas. También hay un interdiscurso entre las respectivas formaciones discursivas, sobre todo en lo que respecta al discurso noticioso.

morfostática. La ciencia, en cambio, es morfogénica. La condena a Galileo es un ejemplo extremo de ello.

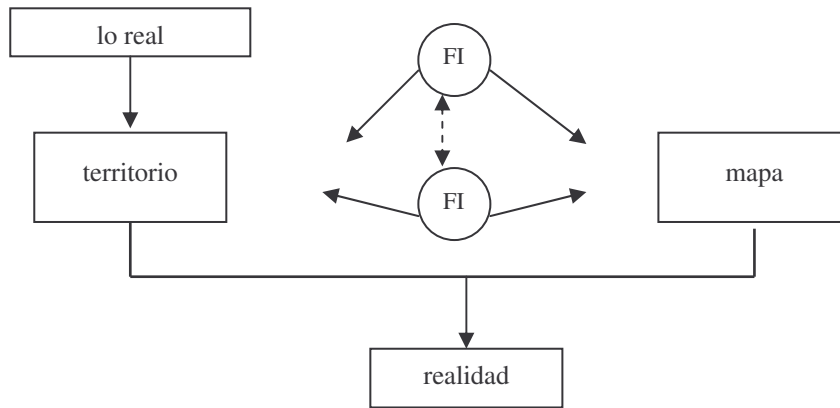
Las formaciones ideológicas establecen el límite de lo pensable. El sujeto naturaliza ese mundo de sentido y utiliza los elementos discursivos que este le provee (temas, clasificaciones léxicas, paráfrasis, estilos, formatos textuales) para elaborar mensajes que asume como propios, poniéndose a él mismo como fuente de significación. Pêcheux [1975] postula que la formación ideológica provoca en él dos tipos de olvido. El primer tipo, el olvido 1, es una zona de rechazo hacia la que se expulsa lo radical excluido, lo que define la exterioridad y la artificialidad histórica de la formación. Esta ignorancia constituye al sujeto como tal y permite su interpelación ideológica. Dentro de la formación ideológica de la educación, nos dicen “profesor” o “alumno” y nos constituyen como tales. Para que ello ocurra, debemos olvidar la contingencia de los roles, la precariedad de las instituciones, la relativa arbitrariedad de los contenidos curriculares, de las normas. No solo eso: debemos desear ser poseedores del racimo de atributos asociados al sentido de estas expresiones. El segundo tipo de olvido, el número 2, es más accesible al sujeto. Oculta parcialmente los motivos y el sujeto puede adentrarse en él mediante la reflexión. Esto, por supuesto, causa la impresión de autenticidad: “Nosotros sabemos por qué estamos aquí”, “Yo sé por qué hago lo que hago”.

Cada formación ideológica contiene una o más formaciones discursivas. Estas últimas establecen el límite de lo que debe ser dicho y hecho. Así, por ejemplo, hay diferentes formaciones discursivas dentro de la formación ideológica religiosa (la católica, la evangélica, la protestante) y también dentro de la formación ideológica científica (la biología, la física, la sociología, la lingüística). La matriz de sentido de una formación ideológica se debe manifestar necesariamente a través de recursos discursivos. El discurso es, según Pêcheux, el aspecto material de la ideología.

Es necesario aquí hacer un llamado de atención. En el nivel del sistema social, utilizamos la noción del *lenguaje* para referirnos al sistema de signos y su uso. En el nivel de las formaciones discursivas y los subsistemas, es conveniente cambiar esta noción por la de *discurso*. La primera alude a un instrumento semiótico usado de modo general por la especie humana, la segunda, a un instrumento semiótico usado de modo particular por los subsistemas sociales con el fin de definir zonas de especialización ideológica. Esta distinción nos permite describir con mayor precisión el pasaje de representaciones de una formación ideológica al universo simbólico. La palabra *gen* formó parte, primero, del discurso de la biología y, luego, del lenguaje en general. Este cambio, por supuesto, no es azaroso, sino producto de la competencia entre los diversos subsistemas por imponer su marca en la concepción de realidad.



Esquema 3: El proceso de creación ideológico-discursivo de la realidad social



De este modo, se completa el cuadro que hemos elaborado hasta aquí.

Por último, quisiera esbozar al menos superficialmente algunas ideas acerca del procesamiento cognitivo del discurso producido por las matrices de sentido de las formaciones ideológicas.

#### 4. Procesamiento cognitivo del discurso y reproducción ideológica

En general, los estudios críticos del discurso han priorizado el análisis de la producción discursiva sobre el análisis de la recepción. Esto se debe a dos razones. La primera es metodológica: es más fácil registrar el proceso de producción de un discurso particular que hacerlo con los infinitos procesos de recepción que este puede ocasionar. La segunda razón es teórica: hay un mayor consenso acerca de los niveles y los tipos de estrategias discursivas que acerca de la constitución y el funcionamiento del sistema cognitivo. Al respecto, hay dos propuestas destacables. Una es la de los modelos mentales de van Dijk y Kintsch (1983) y van Dijk (1995, [1998]) y otra es la de los sistemas de creencias de Raiter (2002, 2003). Ambas comparten la preocupación por definir rasgos de agrupamiento de representaciones en la mente, distinguiendo las más individuales de las más sociales y proponiendo criterios para su intervención diferenciada en la interpretación de los mensajes.<sup>5</sup>

<sup>5</sup> Vale aclarar que, a diferencia de Raiter, van Dijk no asume la existencia de una matriz de sentido que sirva como fuente de diferentes versiones parafrásticas de una misma representación. En cambio, postula la existencia de *modelos preferidos*, los cuales son las representaciones aceptadas por la mayoría de los receptores. Estas son producidas e impuestas a través de las actividades de persuasión desarrolladas por los grupos dominantes.

Quisiera retomar aquí la propuesta de procesamiento cognitivo de Sperber y Wilson [1986] y relacionarla con la formación discursiva. Esta vía no es, según creo, incompatible con las teorías de los autores mencionados y sí, en cambio, les aporta una descripción bastante precisa del modo como un enunciado es evaluado y comprendido por el receptor.

Supongamos que vivimos en una imaginaria provincia de Argentina ubicada al sur de Río Negro y al norte de Santa Cruz. Somos docentes de alguna escuela pública en un pequeño pueblo del interior. Tan pequeño que solo podemos ver el canal de televisión provincial. Desde hace años escuchamos frases como: “El gobernador inauguró obras en tal ciudad”, “El gobernador entregó subsidios a tales instituciones en tal otra ciudad”, “El gobernador presentó el Modelo ante importantes empresarios”. Estas frases conforman una familia parafrástica (Pecheux, [1969, 1975]):

El gobernador	inauguró	obras	a tales instituciones a importantes empresarios	en la ciudad
	donó	subsidios		en tal otra ciudad
	explicó	el Modelo		

Esta familia parafrástica expresa una matriz de sentido según la cual se construye una representación en la que existe un actor destacado: *el gobernador*. Ese actor realiza acciones transitivas que, tanto dentro de la formación ideológica como del universo simbólico, son consideradas positivas (*inaugurar, donar, explicar*). También se establece una equivalencia positiva entre los objetos directos de cada frase (*obras, subsidios, el Modelo*) y entre los indirectos (*a tales instituciones, a importantes empresarios*). Lo mismo ocurre con los circunstanciales de lugar (*en la ciudad, en tal otra ciudad*). Es importante que la equivalencia se mantenga a pesar de la diversidad. Mientras más amplia sea la gama de acciones positivas, mientras mayor sea la variedad de objetos que estas produzcan o afecten, mientras más grande sea el número de destinatarios de sus acciones, mientras en más localidades esté, la representación del gobernador será tanto más positiva. Sin embargo, más allá de la variedad léxica, la matriz es muy simple: *X hace algo bueno para Y en Z*.

Si nosotros vemos el canal oficial y la mayoría de las noticias están referidas al gobernador, habrá mayores posibilidades de que aceptemos esta representación. No hay que subestimar el efecto de la repetición.

Una matriz de sentido genera varias familias parafrásticas afines. Por ejemplo, en este caso, puede ocurrir que instale como sujeto de la predicación al sintagma nominal *el Modelo*: “El Modelo es esto”, “El Modelo es lo otro”. Habrá, entonces, quien se convenza de que el *Modelo* existe.

Ahora bien, nosotros somos docentes de un pueblo del interior, ¿recuerdan? Miramos el noticiero y oímos un estímulo lingüístico que contiene la frase: “El gobernador aseguró que el Modelo prioriza la educación”. Como con cualquier otra información transmitida a través del lenguaje, para procesarla, debemos contextualizarla en información almacenada en nuestra memoria. Siguiendo a Sperber y Wilson, consideraremos como *nueva* la información transmitida mediante el estímulo lingüístico y como *vieja* la información almacenada en la memoria. Por ejemplo, en este caso podemos recuperar de nuestra memoria los siguientes supuestos:

- a) *El gobernador creó el Modelo.*
- b) *El gobernador es una buena persona.*

La entrada léxica de las expresiones de cada uno puede dar lugar a deducciones automáticas:

- a.1) *El gobernador creó el Modelo, por lo tanto lo conoce.*
- b.1) *El gobernador es una buena persona, por lo tanto no miente.*

Simplificando las cosas, podemos realizar la siguiente contextualización de la información nueva en la información vieja:

<i>El gobernador aseguró que el Modelo prioriza la educación</i>	<i>[premisa extraída de la frase de estímulo lingüístico]</i>
<u><i>El gobernador no miente</i></u>	<u><i>[premisa implicada, extraída de la memoria]</i></u>
<i>El Modelo prioriza la educación</i>	<i>[conclusión implicada]</i>

El supuesto (a.1), referido a la creación y al conocimiento del Modelo, no es utilizado en esta deducción. Actúan como refuerzo de la premisa implicada.

En este hipotético procesamiento cognitivo, la inferencia estuvo a cargo de la formación ideológica. Para evaluar la validez de la información provista por el estímulo lingüístico, el sujeto recuperó de la memoria información vieja, originada en la misma fuente que la nueva: la matriz de sentido. El sujeto es reducido a un efecto de la formación. “¿Quién está ahí?”, pregunta la ideología y la misma ideología responde: “Soy yo”.

Claro que en ocasiones quien responde es otro (*otro* respecto de la ideología que lo interpela). Los docentes podemos almacenar información proveniente de otras fuentes: la lectura de prensa crítica al gobierno o, simplemente, la percepción de las condiciones edilicias de la escuela donde trabajamos. Activaremos, entonces, otros supuestos para procesar ese estímulo lingüístico y la

conclusión será distinta. Siempre es posible para el sujeto decir: “Soy efectivamente yo” o “Es tiempo de cambiar las cosas”.

El vínculo entre discurso e ideología tiende a la transparencia. Es más efectivo cuanto menos se lo ve. Al tratar de opacarlo, comienza la crítica.

### Referencias bibliográficas

- Althusser, L. [1964/1970] 1988. *Ideología y aparatos ideológicos del Estado. Freud y Lacan*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bateson, G. [1972] 1998. *Pasos hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires: Lohlé-Lumen.
- Bateson, G. - Bateson, M. C. [1987] 1994. *El temor de los ángeles*. Barcelona: Gedisa.
- Beltran Marti, A. 2001. *Galileo, ciencia y religión*. Barcelona: Paidós.
- Bernstein, B. [1996] 1998. *Pedagogía, control simbólico e identidad*. Madrid: Morata.
- Berger, P. - Luckmann, Th. [1967] 1993. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Buckley, W. [1967] 1993. *La sociología y la teoría moderna de los sistemas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Morin, E. [1984] 2002. *Sociología*. Madrid: Tecnos.
- Olson, D. [1991] 1998. “Cultura escrita y objetividad: el surgimiento de la ciencia moderna”, en D. Olson y N. Torrance (comp.), *Cultura escrita y oralidad*. Barcelona: Gedisa.
- Pêcheux, M. [1969, 1975] 1978. *Hacia el análisis automático del discurso*. Madrid: Gredos.
- 1988. *Semântica e Discurso: uma crítica à afirmação do óbvio*. Campinas: Editora da UNICAMP. 1988.
- Moreno Cabrera, J. 1997. *Introducción a la lingüística. Enfoque tipológico y universalista*. Madrid: Síntesis.
- Raiter, A. 2002. “Representaciones sociales”, en A. Raiter y otros, *Representaciones sociales*. Buenos Aires: Eudeba.
- 2003. *Lenguaje y sentido común*. Buenos Aires: Biblos
- Samaja, 1994. *Epistemología y Metodología*. Buenos Aires: Eudeba.
- Sperber, D - Wilson, D. [1986] 1992. *La relevancia*. Madrid: Visor.
- Taylor, J. 1995. *Linguistic Categorization*. Oxford: Clarendon Press.
- Van Dijk, T. 1995. “Discourse Semantics and Ideology”, en *Discourse & Society* 6/2. Sage: 243-289.
- [1998] 1999. *Ideología*. Barcelona: Gedisa.
- Van Dijk, T. - Kintsch, W. 1983. *Strategies of discourse comprehension*. Nueva York: Academia Press.
- Von Foerster, H. 1960. *Self-Organizing Systems*. Nueva York: Pergamon.
- Whorf, B. [1940] 1971. “Ciencia y lingüística”, en *Lenguaje, pensamiento y realidad*. Barcelona: Barral.
- [1941] 1974. “La relación entre lengua y pensamiento y conductas habituales”, en P. Garvin y Y. Lastra (comps.), *Antología de estudios de etnolingüística y sociolingüística*. México: UNAM.